

## El reflejo

DAVID BOZA MÉNDEZ

**E**staba sentado solo, en una banca que se encontraba sola en un pasillo fantasmal impregnado de un silencio salido de la tumba. Llevaba ya veinte minutos esperando, en el pabellón no se encontraba ni un alma.

Sus ojos deslumbraban con un brillo, que no era como esos resplandores de felicidad y alegría, este era un brillo de inquietud. Sus manos, aunque estaban impacientes, se veían inmóviles allí reposando entrecruzadas debajo de su pecho. Su pie derecho llevaba una métrica de cuatro cuartos a un beat de por lo menos ciento noventa.

Estático allí, en esa fría banca, esperaba con ese aire de que nada está bien.

Miraba a su derecha tratando de buscarle comienzo al pabellón y le parecía infinito. Veía cómo el pasillo se iba perdiendo conforme se alejaba como una perspectiva de un punto de fuga que se aprecia en varias pinturas. Observaba sus muchas puertas que escondían quién sabe qué cosas, sus paredes pintadas hacía ya años con un aburrido color amarillo, y sus lámparas que irradiaban una mezquina y fría luz pálida.

Observó cómo el brillante piso del pasillo reflejaba como un espejo una versión exacta de este. Pudo vislumbrar todos sus detalles: su perspectiva de escape, sus muchas puertas y sus lámparas. Sin embargo, en el reflejo todo estaba de cabeza. Las luces estaban abajo y el pie de las puertas arriba. Le pareció interesante que el suelo era el mismo para los dos pasillos (el real y el irreal) y mientras los veía en conjunto recordó ese cuadro de Dalí en el que unos cisnes se refractan en un lago pero los reflejos no eran las aves al revés sino unos elefantes.

Sonrió y se distrajo con ese pensamiento.

En ese momento percibió una pequeña mancha negra en el suelo al final del pasillo. La pequeña sombra se movía y emprendía camino en la dirección donde él se hallaba sentado. La mancha se acercaba con un movimiento hipnótico, como el péndulo de uno de esos relojes viejos. Todavía estaba muy lejos para poder definir qué era, pero él, intrigado, no podía dejar de observarla. Ya más cerca, él vislumbró cómo la extravagante sombra se movía, no por el pasillo sino por el reflejo de este en el suelo, por el pasillo irreal.

Boquiabierto, no podía dejar de mirar el extraño fenómeno que estaba presenciando; segundos después reconoció que la mancha tenía forma humana, era como la sombra de una persona, pero en lugar de proyectarse en el suelo esta caminaba por el pasillo irreal, y al igual que este, estaba de cabeza.

Su paso era grotesco, como si estuviera renca de ambas piernas y esto hacía que se balanceara estrepitosamente de una manera casi abstracta. Sin embargo, era lo lento de su paso lo que hacía que él, sentado allí en su banca, sintiera cómo un escalofrío le recorría toda la espina dorsal.

Después de haber visto a la sombra caminar algunos metros, pudo reconocer el primer rasgo de su cara, unos perturbadores e inhumanos ojos los cuales poseían un iris completamente negro que nadaba en una esfera roja como la sangre. Esos demoníacos ojos no demostraban sentimiento o expresión alguna. Lo miraban fijamente sin parpadear, como predador a su presa.

Sintió miedo.

Intentó ponerse de pie, pero no pudo, su cuerpo no le respondía, estaba rígido y le pesaba, estaba como clavado a la banca. Miró a la bestia, que continuaba su marcha. Intentó correr, huir y esconderse, pero de nuevo le fue imposible.

Sentía que temblaba, tanto que estuviera a punto de caer desmoronado, pero observaba su cuerpo inerte. Sentía que lloraba, y esas lágrimas, que nunca salieron de su cueva, eran fantasmas de lava que le quemaban mientras recorrían sus mejillas. Sentía como si estuviera gritando y podía escuchar sus chillidos, eran terribles, como si se estuviera quemando en la hoguera, aunque su boca estaba como cosida con alambres de púas.

La negra bestia se acercaba y él, inmóvil, no podía hacer nada a excepción de mirarlo. Pudo detallarle la piel, era tan oscura que parecía alquitrán y estaba cubierta de escamas que se podían confundir con venenosos aguijones de avispas. Le observó las manos, eran delgadas y poseían extensos dedos que terminaban en unas uñas gruesas y largas, parecidas a las espantosas garras de los buitres.

Cuando la extraña abominación estaba a pocos pasos de la banca, él le pudo distinguir los rasgos del rostro y la cabeza. Esta última poseía una cresta, como la de algunos reptiles, que le nacía en medio de las cejas y le recorría el centro de la cabeza hasta terminar en la nuca. También, tenía un par de puntiagudas y largas orejas que aumentaban su anormalidad. Después, le observó la boca, poseía unos labios negros y delgados que dejaban entrever unos dientes amarillos y unos colmillos largos y puntiagudos semejantes a los de un perro rabioso.

Cuando el demonio se detuvo frente a la banca, él lo miró sentado, y él le correspondió.

Él observó cómo, desde el reflejo del pasillo, la bestia se agachó y sus manos cruzaron el suelo que los dividía aferrándose a sus pies. Sintió el contacto. Después le siguió una sensación de frío que le comenzó a escalar, primero las piernas, y luego todo el cuerpo. Era un frío insoportable que congelaba cada fibra, músculo y hueso hasta llevarlos al entumecimiento más cercano a la muerte.

Cuando el frío se apoderó de su pecho y le congeló el corazón, se vio a sí mismo siendo parte de alguna guerra y vio cómo una bala lo alcanzaba y lo hacía desplomarse entre los cadáveres. Luego se vio cruzando una calle mientras lo

embestía un camión y le daba un golpe letal. En seguida se vio a punto de ser fusilado por algún crimen cometido. Después se vio en alguna selva siendo mordido por una serpiente venenosa y luego en otro lugar pisando una mina.

Cuando el frío lo había consumido por completo ya su mente no le mostraba más imágenes de finales trágicos. Solo veía una imagen blanca que lo iba cegando y sentía como si empezara a moverse a una increíble velocidad mientras todo a su alrededor iba desapareciendo, incluso él mismo. Lo único que le indicaba que seguía existiendo era ese terrible sentimiento de que estaba cayendo al vacío, en medio de la nada, en medio de esa incolora, inolora, insípida e intangible neblina.

Finalmente, la nada tomó la forma de una completa oscuridad. Él sintió que tenía ojos de nuevo, los abrió y visualizó el pasillo en el que todavía se encontraba esperando, sentado en esa dura banca, completamente solo, sin ninguna oscura bestia que habitara el reflejo en el suelo. Sudaba frío, temblaba y su corazón latía sin control por la experiencia de la cual había sido parte.

Todas estas sensaciones fueron pereciendo para dar paso a la angustia que volvía para continuar devorándolo por dentro.